Testimonio del Jardín Infantil Semillitas- Buin

Querida Sylvia:

Quisiera compartir contigo, desde lo más profundo de mi experiencia como Educadora de Párvulos, Directora y Sostenedora del Jardín Infantil Semillitas, lo que ha significado para nosotros trabajar con el Método Langford desde el año 2012 hasta la fecha de hoy Noviembre 2026.

A lo largo de mis años de trayectoria en Educación Parvularia, más de 35 años, he aprendido que educar no consiste solamente en entregar conocimientos, preparar actividades o cumplir objetivos de aprendizaje. Educar también significa formar personas, desarrollar hábitos, enseñar a convivir, fortalecer la voluntad, promover la autonomía y entregar a los niños herramientas que les permitan desenvolverse con seguridad en la vida.

En ese camino, el Método Langford ha sido para nosotros mucho más que una metodología de trabajo: ha significado un cambio profundo en nuestra manera de mirar a los niños, sus capacidades y sus procesos de aprendizaje.

Uno de los cambios más significativos fue comprender la importancia de reemplazar una evaluación centrada en si el niño o niña lo hace o no lo hace por una mirada que reconoce y valora si ha realizado su máximo esfuerzo. Este cambio, que puede parecer sencillo, nos abrió una perspectiva completamente diferente de la educación.

Dejamos de mirar solamente el resultado y comenzamos a valorar el proceso, la perseverancia, la disposición, la voluntad y la superación personal. Aprendimos a transmitirles a nuestros niños y niñas que no todos tenemos que hacer las cosas de la misma manera, ni al mismo ritmo, pero que todos podemos esforzarnos, avanzar y superarnos.

Y esa mirada también nos transformó como equipo educativo. Nos hizo más conscientes de nuestro rol como adultos guías, de la importancia de ser coherentes, de entregar instrucciones claras, de mantener rutinas y de confiar verdaderamente en las capacidades de los niños y niñas.

Desde nuestra experiencia cotidiana, los resultados han sido extraordinariamente positivos.

Hemos observado niños y niñas que desarrollan una mayor capacidad de atención y concentración, que pueden seguir instrucciones, respetar turnos, esperar, escuchar y participar de las distintas experiencias educativas.

Nuestros/as niños/as, desde los dos hasta los cinco años, han logrado incorporar rutinas y hábitos que les permiten desenvolverse con seguridad y autonomía. Son capaces de anticipar lo que viene, comprender los momentos de la jornada y participar de ellos con naturalidad.

Algo que nos llena de satisfacción es observar la convivencia entre ellos. Vemos niños/as que se relacionan desde el respeto, que han aprendido a compartir, a reconocer al otro, a esperar y a comprender que todos tenemos un espacio dentro de nuestra comunidad.

También hemos visto cómo desarrollan la capacidad de superarse a sí mismos. Se sienten orgullosos cuando logran algo que antes les costaba, cuando terminan una actividad, cuando consiguen hacer algo de manera independiente o cuando descubren que, con perseverancia, pueden alcanzar sus objetivos.

En nuestra experiencia, desde que incorporamos esta metodología no hemos tenido niños/as que hayan recibido diagnósticos de déficit atencional. Lo menciono como una observación de nuestra realidad educativa, no como una afirmación de que el método prevenga o sustituya un diagnóstico clínico. Sin embargo, sí puedo decir que hemos aprendido a trabajar intencionadamente la atención, la concentración, la constancia y la capacidad de seguir instrucciones desde los primeros años.

Hay algo que considero fundamental y que el Método Langford nos ha permitido comprender y valorar profundamente: las rutinas no limitan a los niños, les entregan seguridad.

Un niño que sabe qué viene después, que comprende los momentos de su jornada y que conoce los acuerdos de convivencia, se siente más seguro y tranquilo. No necesita estar permanentemente esperando que un adulto le diga qué hacer, porque poco a poco va incorporando esos hábitos y haciéndolos propios.

Hoy vemos niños/as de dos años que pueden seguir indicaciones, participar de una rutina, colaborar en pequeñas responsabilidades y comprender normas sencillas. Y vemos cómo esas habilidades se van fortaleciendo a medida que crecen.

Esto también nos ha permitido reafirmar algo en lo que creo profundamente: nuestro jardín es un espacio educativo. Por supuesto, los niños aprenden jugando, porque el juego es esencial en la educación parvularia, pero eso no significa que debamos confundir el juego con la ausencia de estructura, intencionalidad o normas.

En Semillitas creemos que se aprende jugando, explorando, experimentando y descubriendo, pero también aprendiendo a escuchar, respetar, esperar, concentrarse, esforzarse y convivir.

Quisiera destacar que los beneficios no han sido solamente para los/as niños/as y sus familias. Nuestro personal también ha vivido un proceso de aprendizaje y transformación.

Trabajar con el Método Langford nos ha llevado a comprender que los adultos somos fundamentales en la formación de hábitos. Que no basta con pedirles a los niños que se comporten de determinada manera: debemos enseñarles, modelar las conductas, ser constantes y mantener una actitud tranquila, cercana y coherente.

Hemos aprendido a confiar más en las capacidades de los niños, a darles oportunidades para hacer las cosas por sí mismos y a no anticiparnos siempre a resolverles las dificultades.

Esto ha cambiado nuestra manera de acompañar, de observar y de valorar los pequeños avances cotidianos.

También ha fortalecido nuestra convicción de que los niños necesitan adultos que los guíen, que establezcan límites con cariño y que crean en ellos. Los niños no necesitan que todo les resulte fácil; necesitan que les enseñemos que son capaces de enfrentar pequeños desafíos y descubrir sus propias posibilidades.

Sylvia, después de tantos años trabajando con esta metodología, puedo decirte con mucha convicción que ha sido uno de los aportes más valiosos que hemos incorporado a nuestro proyecto educativo.

Como Sostenedora y Directora, he tenido la oportunidad de ver crecer generaciones de niños y de observar cómo pequeños hábitos, trabajados con constancia desde la primera infancia, se convierten en herramientas fundamentales para la vida.

Creo sinceramente que la educación necesita recuperar el valor de formar hábitos, desarrollar la voluntad, enseñar el respeto, fortalecer la autonomía y ayudar a los niños a descubrir que son capaces de mucho más de lo que imaginan.

En una época en que hablamos tanto de dificultades de atención, de convivencia y de comportamiento, considero que debemos detenernos a reflexionar sobre cuánto podemos hacer desde la educación inicial, desde nuestras prácticas cotidianas y desde el compromiso de los adultos.

El Método Langford nos ha enseñado que educar también es entrenar, acompañar, repetir, perseverar y confiar. Que el esfuerzo tiene valor, que los hábitos se construyen y que la disciplina, cuando se ejerce desde el respeto y el cariño, no es una imposición, sino una herramienta para alcanzar mayor libertad y autonomía.

Quiero agradecerte por haber desarrollado una propuesta que nos ha permitido mirar la educación desde otra perspectiva y que, en nuestro caso, ha dejado una huella concreta en los niños, las familias y el equipo educativo.

Ojalá más jardines infantiles y establecimientos educacionales pudieran conocer y experimentar este enfoque, porque estoy convencida de que necesitamos niños que no solamente sepan más, sino que también aprendan a convivir, a respetarse, a esforzarse, a perseverar y a creer en sus propias capacidades.

Con cariño, reconocimiento y gratitud,

Silvia Carrasco Tapia
Educadora de Párvulos
Licenciada en Educación
Psicopedagoga
Directora y Sostenedora
Jardín Infantil Semillitas – Buin

Educando con visión de futuro.

10/11/2026.